

Inspirar a Dios en las personas

P. Sergio Montes
Rondón, SJ

Una rápida consulta al diccionario de la Real Academia Española (RAE) nos sitúa en la perspectiva de lo que quisiera compartir con ustedes acerca del contenido de esta reflexión: de la capacidad que tenga la Vida Consagrada de INSPIRAR A DIOS depende su sentido en este mundo.

Por un lado, inspirar significa “atraer el aire exterior a los pulmones”. Y vaya que nuestra vida necesita continuamente aire fresco, algo tan sencillo como introducir aire pero que resulta tan importante para vivir.

Y lo que sucede es que el primer movimiento de una persona y comunidad consagradas consiste en dejar que el Espíritu (ese *Pneuma* o la *Ruah divina* como aliento vital) ingrese en ellas para que pueda generarse vida. Así interpreta también el autor del Génesis, en el segundo relato de la creación, cómo Dios insufló aliento de vida a la humanidad (Gn 2, 7), con lo cual no sólo le dio existencia sino también dinamismo de vida. El Espíritu de Dios es llamado Señor y Dador de vida (Credo de Nicea), pues por su acción maravillosa, lo que el Padre crea, por el Hijo puede tener vida, gracias al Espíritu.

Ánimo, aliento de vida, dinamismo, frescura vital son componentes necesarios para que la Vida Consagrada pueda responder decididamente al llamado que el Señor de la Vida le hace. Y fíjense que para nosotros respirar (de la cual la inspiración es un componente) es un mecanismo “automático”, reflejo, no consciente; pero cuando sentimos que nos falta el aliento, precisamos ser conscientes del aire que inspiramos y además exige un esfuerzo mayor.

En momentos en los que parece que la vida se nos va, o tenemos dificultades para mantener la respiración, es una exigencia de vida ser capaces de inspirar más profundamente. Aplicándola a nuestra condición de religiosas y religiosos caemos en la cuenta de que es urgente “inspirar” a Dios en lo más hondo nuestro. Si Él no logra introducirse en nuestra vida estaremos funcionando mal, tal vez con respiración asistida de muchos sucedáneos. Dios se nos tiene que meter bien adentro y esparcirse hasta inundarnos de su Presencia.

Vivimos un tiempo en el que es preciso animar nuestra esperanza, darle más aliento a la Vida Consagrada y por ello nuestros

esfuerzos tienen que estar concentrados en que inspiremos con mayor fuerza y profundidad a Dios, de tal modo que la acción del Espíritu, Dador de vida, también sea quien inspire nuestras acciones. En tiempos de crisis es fácil caer en la desesperanza, el desánimo y la falta de aliento, por ello es tan necesario ahondar en una experiencia de Dios que infunda nuevo aliento.

Este dinamismo es fundamental y de él podrá nacer el segundo movimiento: ser capaces de inspirar a ese Dios en las demás personas. Tal es otro significado de la palabra: “infundir o hacer nacer en el ánimo o la mente afectos, ideas, designios, etc.”.

El aliento de vida, que para nosotras/os representa Dios, en nuestra condición humana y religiosa no puede contenerse ni retenerse. Una vez ingresado en nuestras vidas debemos comunicarlo, tenemos que infundirlo en la vida de las otras personas. Es un dinamismo continuo que nos permite la comunión con las personas. Es cierto que no somos dueños ni poseedores de Dios -menos aún únicos capaces de “experimentarlo”-, otras personas también pueden comunicarnos al Dios viviente; sin

embargo, nosotras/os lo hacemos con el complemento de la acción carismática de nuestra particular vocación, de forma tal que podemos inspirar a Dios en los demás desde nuestro carisma religioso.

Nuestro mundo precisa de personas inspiradas e inspiradoras, que al estar plenas de Dios sean capaces de inspirarlo en la vida de cada hombre y mujer. ¿Qué infundiremos si no en los corazones de las personas? Procurar que nazca y crezca el deseo de Dios en la gente es una invitación siempre presente para las Consagradas y los Consagrados, encender los ánimos y el Amor que experimentamos es una misión prioritaria para nuestra condición religiosa. Ninguno de los proyectos que elaboraremos será verdadero signo del Reino de Dios sin que en la inspiración de todo esté comunicada la Vida y el Amor de Dios.

En la cultura helénica se tenía a las musas como inspiradoras de las artes, la música y la literatura, así como en algunas religiones se representan dioses o seres espirituales que inspiran los pensamientos y las acciones en los hombres y mujeres. El poeta precisa del toque de inspiración para que sus palabras sean expresión

de belleza, y así en muchas otras formas en las que se logra compartir o comunicar lo que ha sido inspirado.

¿Qué en nuestra vida concreta está inspirando la vida de los demás? ¿El Dios al que conocemos en nuestras experiencias, al que amamos en nuestra intimidad y seguimos en los acontecimientos cotidianos es también el Dios que hacemos vivir en las personas?

Inspirar la palabra y sintonizar con el Espíritu de Dios

Como cristianas/os afirmamos que la Sagrada Escritura es inspirada por Dios, es decir Dios mueve las voluntades, pensamientos, sentimientos y acciones de las personas para que por sus propios medios y con sus propias formas expresen aquello que Dios le hace sentir espiritualmente. Así nos lo comunica la misma Palabra (1 Cor 2, 12-13; 2 Tim 3, 16-17; 2 Pe 1, 21), indicando que es el Espíritu de Dios quien inspira la vida de las personas y consecuentemente sus palabras, acciones y pensamientos.

En este sentido, como Consagradas y Consagrados precisamos encarnar la Palabra de Vida en

todas las dimensiones de nuestro ser y así poder comunicarla, pues estaremos transmitiendo una palabra que no es nuestra sino que ha surgido de la inspiración de Dios mismo.

Para realizar tal tarea es imprescindible la sintonía con el Espíritu. Así como la Escritura debe ser leída con el mismo Espíritu con que fue escrita, nosotras/os debemos comunicar la Palabra en esa sintonía. Sigue siendo el mismo movimiento interior: Dios inspira nuestra vida para que logremos inspirar a Dios en la vida de los demás. Este Dios encarnado y revelado en la Escritura es la fuente de toda verdadera inspiración para la vida cristiana.

El Espíritu que inspiró en hombres y mujeres, en las comunidades creyentes, la Sagrada Escritura, también inspira la recepción de esa Palabra y las acciones consecuentes, siempre y cuando haya apertura de nuestra parte y estemos dispuestas/os a acogerlo como fuente de Vida verdadera. ¿Cuán próximos estamos a la Palabra y en sintonía con el Espíritu que la inspira?

Comunicar la inspiración

Dios se nos da y comunica gratuita y generosamente por lo cual esa experiencia agradecida debería funcionar como un resorte que nos impulsa a compartirlo en todas las realidades en las que como Consagrados estamos presentes. La vida de muchas personas precisa de este toque de inspiración que viene de Dios.

El Dios que nos inspira es el mismo Dios al cual nuestra vida personal y comunitaria debe llegar a inspirar la vida de las personas, este es un elemento fundamental y fundante de toda Vida Consagrada, que nunca debería desaparecer.

Una Vida Consagrada nueva nacerá de la apertura a la acción del Espíritu que es capaz de hacer nuevas todas las cosas. El don del carisma nos hace responsables frente a lo que Dios quiere ofrecer a la humanidad a través de él.